

en una ola de vida ardiente, cuyo fluido la quemaba. Estremeciase por la voluptuosidad que nunca había experimentado. Ocurríansele recuerdos, y sus sentidos se despertaban demasiado tarde, con un deseo inmenso no saciado. En pie en medio de la estancia, estiró todo el cuerpo, con las manos levantadas y retorcidas, haciendo crujir sus enervados músculos. ¡Oh! Le amaba, le quería, y se entregaría de aquel mismo modo la vez próxima.

Y, en el momento en que se quitaba la bata, contemplando sus desnudos brazos, la inquietó un ruido, y creyó que había tosido Juana. Entonces, tomó la lámpara. La niña con los párpados cerrados, parecía dormida. Pero, cuando su madre, tranquilizada, hubo vuelto la espalda, Juana abrió los ojos cuan grandes los tenía, ojos negros que seguían á Elena mientras volvía ésta á la alcoba. No dormía aún, ni quería que la hicieran dormir. Una nueva crisis de tos la desgarró la garganta, y hundió la cabeza bajo los cobertores, para sofocarla. Ya podía morir, que su madre no la vería. Y conservaba los ojos abiertos en la noche, sabiéndolo todo, como si acabara de reflexionar, y muriéndose de aquéllo, sin una queja.

II

Elena, á la mañana siguiente, tuvo toda clase de ideas prácticas. Despertóse con la imperiosa necesidad de velar ella misma por su dicha, temblorosa ante la idea de perder á Enrique por cualquier imprudencia. En aquella friolenta hora del levantarse, mientras la aletargada alcoba dormía aún, Elena le adoraba, le deseaba, con impulso de todo su sér. Nunca se había conocido aquel cuidado de ser hábil. Su primera idea fué que iría á ver á Julieta aquella misma mañana. Así evitaría explicaciones enojosas, pesquisas que podían comprometerlo todo.

Cuando llegó á casa de madame Deberle, á cosa de las nueve, la encontró levantada ya, pálida, y con los ojos enrojecidos como una heroina de drama. Y, en cuanto la vió, la pobre señora se arrojó en sus brazos llorando, y llamándola su ángel bueno. No amaba á Malignon en absoluto, ¡oh! lo juraba. ¡Dios santo, qué estúpida aventura! Se hubiera quedado muerta, de seguro; porque, ahora, comprendía ya que ella no estaba hecha para aque-

llas cosas, las mentiras, los sufrimientos, las tiranías de un sentimiento siempre el mismo. ¡Qué bueno le parecía el verse de nuevo libre! Se reía de felicidad; después, sollozó de nuevo al suplicar á su amiga que no la despreciase. En el fondo de su fiebre, había parte de miedo, pues creía que su marido lo sabía todo. El día anterior, había vuelto muy agitado. Aturdió á preguntas á Elena. Entonces, ésta, con una audacia y una facilidad que á ella misma la asombraban, le contó una historia cuyos detalles inventaba uno por uno, abundantemente. Le juró que su marido no sospechaba la menor cosa. Era ella la que, habiéndose enterado de todo y queriendo salvarla, había imaginado ir á turbar de aquel modo la cita. Julieta la escuchaba, y aceptaba aquella novela, con el rostro iluminado por desbordante alegría, en medio de sus lágrimas. Una vez más se arrojó á su cuello. Y Elena no se sentía contrariada lo más mínimo por sus caricias, ni experimentaba ninguno de aquellos escrúpulos de lealtad que tanto la habían hecho padecer antes. Cuando se separó de ella, después de haberle hecho prometer que estaría tranquila, se reía en el fondo de su alma de su destreza, y se sentía entusiasmada.

Transcurrieron algunos días. Toda la existencia de Elena se hallaba fuera de su centro; no vivía ya en su casa; vivía en casa de Enrique, por sus pensamientos de cada instante. No existía nada más que el hotelito vecino, en donde latía su corazón. En cuanto hallaba un pretexto, corría á él, y se distraía, satisfecha por respirar el mismo aire que Enrique. En aquel primer entusiasmo de la posesión, la vista

de Julieta la enternecía, como algo que dependía de Enrique. Y sin embargo, éste no había podido aún encontrarla sola ni un instante. Elena parecía emplear una especie de refinamiento para retrasar la hora de la segunda cita. Una tarde, cuando él la acompañaba hasta el vestíbulo, Elena le había hecho jurar que no volvería á ver la casa del pasaje de las Aguas, añadiendo que la comprometería. Los dos se estremecían á la espera del apasionado abrazo en que volverían á tomarse, no sabían dónde, en cualquier parte, una noche. Y Elena, aguijada por este deseo, no existía ya para nada más que para aquel minuto, indiferente á los demás, pasando los días esperándolo, dichosísima, y teniendo tan sólo, en medio de su felicidad, la sensación de que Juana tosía á su alrededor.

Tosía Juana con tosecilla seca, frecuente, que se acentuaba más á la caída de la tarde. Entonces tenía ligeros accesos de fiebre; los sudores durante el sueño la debilitaban. Cuando su madre le preguntaba, respondía la niña que no estaba enferma, que no sufría. Sin duda sería el final de un resfriado. Y Elena, tranquilizada por esta explicación, y sin tener ya clara conciencia de lo que á su lado pasaba, conservaba no obstante, en el entusiasmo arrebatado en que vivía, el confuso sentimiento de un dolor, como un peso cuyo magullamiento la hiciese manar sangre en un sitio que no hubiese podido precisar. A veces, en medio de una de aquellas alegrías sin causa que la inundaban de ternura, la asaltaba una ansiedad repentina, y le parecía que detrás de ella se hallaba una desgracia. Volvíase

y sonreía. Cuando se es demasiado feliz, se tiembla siempre. Nadie estaba allí. Juana acababa de toser, pero tomaba tisana, y aquello no sería nada.

Sin embargo, una tarde, el anciano doctor Bodin que las visitaba como amigo de la casa, había alargado su visita, preocupado, estudiando á Juana con el rabillo de sus ojuelos azules. Hacía preguntas á la niña fingiendo que jugaba con ella. Aquel día no dijo nada, pero se presentó dos días después, y entonces, sin examinar á Juana, y con la alegría de un anciano que ha visto muchas cosas, hizo recaer la conversación sobre los viajes. En otro tiempo, había servido como cirujano militar, y conocía toda Italia. Era un país soberbio, que era preciso admirar en primavera. ¿Por qué madame Grandjean no llevaba á Juana á Italia? Y de esta suerte, por medio de hábiles transiciones, llegó á aconsejar una permanencia allá abajo, en el país del sol, como él decía. Elena le contemplaba fijamente. Entonces, el doctor se explicó; cierto que ni una ni otra estaban enfermas, pero el cambiar de aires rejuvenecía. Elena se había puesto palidísima, sobrecogida de frío mortal, á la idea de salir de París. ¡Dios mío, ir tan lejos, tan lejos! ¡Perder á Enrique de pronto, dejar á sus amores sin mañana! Sentía tan desgarradas sus entrañas, que se inclinó hacia Juana, para ocultar la turbación que la había asaltado. ¿Quería viajar Juana? La niña había juntado los deditos con ademán de frío. ¡Oh, sí que quería! Quería ir al país del sol, solas ella y su madre. ¡Oh! Completamente solas; y en su pobre carita adelgazada, cuyas mejillas quemaba la fie-

bre, renacía la esperanza de una vida nueva. Pero Elena no escuchaba ya, rebelada y desconfiando, persuadida de que todo el mundo, el doctor Bodin, el sacerdote, la misma Juana, se habían puesto de acuerdo para separarla de Enrique. Al verla tan descolorida, creyó el viejo médico que había andado poco prudente; y se apresuró á decir que nada urgía, decidido á volver sobre aquella conversación.

Justamente, aquella tarde madame Deberle debía quedarse en casa. En cuanto el doctor hubo partido, Elena se apresuró á ponerse el sombrero. Juana se negaba á salir; estaba mejor al lado del fuego; sería muy buena y no abriría la ventana. Desde hacía algún tiempo, no atormentaba á su madre para acompañarla, y se contentaba con seguirla con larga mirada. Después, cuando se quedaba sola, se acurrucaba en su silla, y permanecía en la misma postura horas enteras, sin moverse.

—Mamá, ¿está lejos Italia?—le preguntó cuando Elena se acercó para besarla.

—Oh, muy lejos, nena mía.

Pero Juana la retenía cogiéndola por el cuello. No la dejó levantarse en seguida, murmurando:

—¿Eh? Rosalía se quedaría aquí al cuidado de todo. No la necesitaríamos para nada... Ya ves, con una maleta no muy grande... ¡Oh, qué bueno sería, mamita! Nada más que nosotros dos... Volvería más gorda, mira, así...

Hinchaba los carrillos y redondeaba los brazos. Elena dijo que ya verían. Después se escapó, recomendando á Rosalía que tuviera mucho cuidado con la señorita. Entonces la niña se hizo un ovillo en

el rincón de la chimenea, mirando arder el fuego, sumida en un ensueño. De vez en cuando, adelantaba maquinalmente las manos, para calentárselas. El reflejo de la llama le fatigaba los grandes ojos. Estaba tan abstraída que no oyó entrar á M. Rambaud. Este multiplicaba sus visitas, é iba, según decía, por causa de aquella mujer paralítica á la que el doctor Deberle no había podido todavía hacer entrar en los Incurables. Cuando encontraba sola á Juana, se sentaba en el otro rincón de la chimenea, y charlaba con ella como con una persona mayor. Era muy fastidioso; aquella mujer esperaba desde hacía una semana; pero bajaría en seguida, y vería al doctor, que quizá le daría una respuesta definitiva. Sin embargo, no se movía.

—¿Tu mamá no te ha llevado con ella?—preguntó.

Juana se encogió de hombros, con ademán lleno de cansancio. La incomodaría el ir demasiado á casas ajenas. Ya no le gustaba nada.

Añadió:

—Me estoy volviendo vieja, y no puedo jugar siempre... Mamá se divierte fuera, y yo me divierto aquí dentro; de manera que no estamos juntas.

Reinó un instante de silencio. La niña se estremeció y presentó las dos manos al fuego, que ardía con gran resplandor rosado; y se parecía, en efecto, á una buena mujer, arropada con un inmenso chal, con un pañuelo al cuello y otro en la cabeza. En el fondo de todos aquellos abrigos, se veía que no era más gruesa que un pájaro enfermo, esponjado y sacudiendo las plumas. M. Ram-

baud, con las manos anudadas sobre las rodillas, contemplaba el fuego. Después, volviéndose hacia Juana le preguntó si su madre había salido la víspera. La niña respondió con una seña afirmativa. ¿Y la antevíspera y el día anterior? Juana decía siempre que sí con un movimiento de la barbilla. Su madre salía todos los días. Entonces M. Rambaud y la niña se miraron largamente, con los rostros descoloridos y graves, como si tuviesen que compartir una gran pena. No hablaban palabra, porque una muñeca y un señor de edad no podían hablar de aquello; pero sabían muy bien por qué estaban tan tristes y por qué les gustaba estar de aquel modo, á derecha é izquierda de la chimenea, cuando la casa se hallaba vacía. Aquello les consolaba mucho. Estrechábanse el uno contra el otro, para sentir menos su abandono. Asaltábanles efusiones de ternura, y hubieran querido abrazarse y llorar.

—Tienes frío, mi buen amigo, estoy segura... Acércate al fuego.

—No, querida, no tengo frío.

—¡Oh! Mientes, tienes las manos heladas... Acércate ó me enfado.

Después era él el que se inquietaba.

—Apuesto á que no te han dejado tisana... Yo te la voy á hacer, ¿quieres? ¡Oh! Sé hacerla muy bien... Si yo te cuidara, ya verías como no te faltaba nada.

El buen señor no se permitía más claras alusiones. Juana, vivamente, respondía que la tisana le disgustaba; le hacían beber demasiada. Sin embargo, á veces, consentía que M. Rambaud diera vueltas

á su alrededor como una madre poníale una almohada detrás de los hombros, le daba la medicina cuando Juana iba á olvidarse de tomarla, y la sostenía del brazo para dar paseos por la habitación. Eran mimos que á los dos les enternecían. Como le decía Juana, con sus profundas miradas, cuya llama tanto turbaba al buen señor, jugaban al papá y la hijita, mientras su madre no estaba allí. De repente, les sobrecogían momentos de tristeza, y se quedaban callados, examinándose de reojo, con mutua compasión.

Aquel día, después de un largo silencio, la niña repitió la pregunta que ya había hecho á su madre.

—¿Está lejos Italia?

—¡Oh! Ya lo creo,—dijo M. Rambaud.—Está allá abajo, detrás de Marsella, en el quinto infierno... ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque sí,—dijo la niña gravemente.

Entonces se quejó de no saber nada. Estaba siempre enferma y no la habían hecho ir al colegio. Los dos se callaron; les adormecía el gran calor del fuego.

Entretanto, Elena había hallado á madame Deberle y á su hermana Paulina en el pabellón japonés, en donde solían pasar las tardes. Hacía mucho calor y una boca de calorífero lanzaba en el pabellón un hálito asfixiante. Los anchos cristales estaban cerrados, y se distinguía á través de ellos el estrecho jardín en traje de invierno, destacando sobre la morena tierra las ramitas negras de los árboles. Las dos hermanas estaban peleándose ruidosamente.

—¡Déjame en paz!—exclamaba Julieta.—Nuestro

interés, entendiéndolo bien, está en sostener á Turquía.

—Yo he hablado con un ruso—respondió Paulina con la misma animación.—En San Petersburgo nos quieren, y nuestros verdaderos aliados están allí.

Pero Julieta tomó aire de gravedad, y cruzando los brazos, dijo:

—Entonces, ¿dónde me dejas el equilibrio europeo?

La cuestión de Oriente apasionaba á París, y la conversación natural versaba sobre ella; cualquier mujer algo leída no podía decentemente hablar de otra cosa. De manera que desde hacía dos días, madame Deberle se sumergía con la mayor convicción en la política exterior. Tenía ideas completísimas y muy decididas acerca de las diferentes eventualidades que amenazaban producirse. Su hermana Paulina la hacía rabiar muchísimo, porque tenía la originalidad de defender á Rusia, en contra de los intereses evidentes de Francia. Julieta quería vencerla, y después acababa por enfadarse.

—Bueno, cállate, que no estás diciendo más que tonterías. Si siquiera hubieses estudiado la cuestión conmigo...

Se interrumpió para saludar á Elena que entraba.

—Buenas tardes, querida amiga. ¡Cuánto le agradezco que haya usted venido!... ¿No sabe usted nada? Se hablaba esta mañana de un ultimatum. La sesión de la Cámara de los Comunes ha sido agitadísima.

—No, no sé nada—respondió Elena, á quien la pregunta había dejado estupefacta.—Salgo tan poco...

Por otra parte, Julieta no había esperado la respuesta. Explicaba á Paulina por qué era preciso neutralizar el Mar Negro, sin dejar de nombrar de cuando en cuando generales ingleses y generales rusos, con pronunciación muy correcta. Pero Enrique acababa de presentarse, llevando en la mano un paquete de periódicos. Elena comprendió que bajaba por ella. Los ojos de ambos se habían buscado, y habían apoyado sus miradas los unos en los otros. Después, él y ella se entregaron por entero en el largo y silencioso apretón de manos que se dieron.

—¿Qué dicen los periódicos?—preguntó nerviosamente Julieta.

—¿Los periódicos, querida?—dijo el doctor.—No dicen nunca nada.

Entonces se olvidó la cuestión de Oriente. Varias veces se habló de alguien á quien se esperaba y que no acababa de llegar. Paulina observaba que iban á dar las tres. ¡Oh! Llegaría, afirmaba madame Deberle, lo había prometido con demasiada formalidad; pero no nombraba á nadie. Elena escuchaba sin oír. Lo que no era Enrique no la interesaba. Ya no se llevaba la labor, y hacía visitas de dos horas, ajena á la conversación, con la cabeza absorta casi siempre en el mismo ensueño infantil, imaginando que los demás desaparecían como por un prodigio y que se quedaba sola con él. Sin embargo, respondía á Julieta cuando ésta le preguntaba algo, en tanto que la mirada de Enrique, clavada siempre en la suya, la fatigaba deliciosamente. El doctor pasó por detrás de ella, como para levantar uno de los *stores*, y Elena comprendió muy

bien que exigía una cita, por el estremecimiento con que rozó su cabellera. Ella consentía, pues no tenía ya fuerzas para esperar más tiempo.

—Han llamado, debe de ser él,—dijo Paulina de repente.

Las dos hermanas adoptaron actitud de indiferencia. Fué Malignon el que se presentó, más atildado aún que de costumbre, con una punta de gravedad. El pollo estrechó las manos que se le tendían, pero evitó soltar sus bromas habituales, pues entraba como de ceremonia en la casa en donde no se había presentado desde hacía algún tiempo. En tanto que el doctor y Paulina se quejaban de la poca frecuencia de sus visitas, Julieta se inclinó al oído de Elena, que estaba sorprendida, á pesar de su soberana indiferencia.

—¿Se asombra usted, verdad? ¡Oh! Yo no le guardo rencor. En el fondo, es tan buen muchacho que no puede una quedar enfadada... Imagínese usted que nos ha sacado un marido para Paulina... Es amable, ¿verdad?

—Sin duda,—murmuraba Elena por complacencia.

—Sí, uno de sus amigos, muy rico, que no pensaba siquiera casarse, y al que nos ha jurado traer... Le esperábamos hoy para saber su respuesta definitiva... De modo que, ya comprenderá usted que he tenido que pasar por alto muchas cosas... ¡Oh! Ya no hay peligro, ahora ya nos conocemos.

Y dejó ver una bonita sonrisa, ruborizándose un poco ante el recuerdo que evocaba; después, se apoderó vivamente de Malignon. Elena sonreía también. Aquellas facilidades de la existencia, la

excusaban á ella misma. Era una tontería pensar en dramas tremendos, pues todo se desenlazaba con una tranquilidad encantadora. Mas, en tanto que gozaba de este modo una felicidad cobarde al decirse que nada había prohibido, Julieta y Paulina acababan de abrir la puerta del pabellón, arrastrando á Malignon al jardín. De repente, oyó Elena, detrás de su cuello, la voz de Enrique, baja y ardiente:

—¡Se lo ruego á usted, Elena! ¡Oh, se lo ruego á usted!

La joven se estremeció, y miró en torno con repentina inquietud. Estaban completamente solos, y Elena vió que los demás paseaban lentamente por una de las avenidas del jardín. Enrique había osado cogerla por los hombros, y Elena temblaba, y su terror estaba lleno de embriaguez.

—Cuando usted quiera,—balbuceó, comprendiendo que el doctor le pedía una cita.

Y rápidamente cambiaron algunas palabras.

—Espéreme usted esta tarde, en la casa aquella del pasaje de las Aguas...

—No, no puedo... Ya le expliqué á usted... usted me juró...

—En otra parte entonces, donde usted quiera, con tal de que yo la vea... ¿En su casa, esta noche?

Elena sintió que se rebelaba. Pero no pudo negar más que con un gesto, asaltada de nuevo por el miedo, al ver volver á las dos jóvenes y á Malignon. Madame Deberle había fingido llevarse al joven para enseñarle una maravilla, matas de violetas en plena florescencia, á pesar de lo frío del tiempo.

Julieta apresuró el paso, y entró la primera en el pabellón, radiante.

—Hecho está,—dijo.

—¿Qué?—preguntó Elena, estremecida aún de pies á cabeza, y sin recordar de qué se trataba.

—La boda... ¡Oh! ¡Qué consuelo tan grande! Paulina empezaba ya á ser un estorbo... El joven la ha visto y la encuentra encantadora. Mañana comeremos todos en casa de papá... De buena gana hubiera abrazado á Malignon por la noticia.

Enrique, con sangre fría perfecta, había maniobrado de manera que se hallaba alejado de Elena. A él también le parecía Malignon encantador. Pareció regocijarse también tanto como su mujer por ver por fin colocada á su hermanita. Después, advirtió á Elena que iba á perder un guante. La joven le dió las gracias. En el jardín se oía la voz de Paulina que bromeaba; se inclinaba hacia Malignon, y le cuchicheaba palabras entrecortadas, prorrumpiendo en risas cuando el pollo le respondía también al oído. Sin duda estaba haciendo á la joven confidencias acerca de su futuro. Por la puerta del pabellón que había quedado entreabierta, Elena respiraba con delicia el aire fresco.

En aquel momento era cuando, en la alcoba, Juana y M. Rambaud se callaban, aletargados por el gran calor de la chimenea. La niña salió de aquel largo silencio preguntando de pronto, como si la pregunta fuera la conclusión de sus meditaciones.

—¿Quieres que vayamos á la cocina? Veremos si divisamos á mamá.

—Vamos,—respondió M. Rambaud.

Aquel día, la niña se sentía más fuerte. Fué, sin que la sostuvieran, á apoyar el rostro en un cristal. M. Rambaud, también miraba al jardín. No había hojas, y se distinguía con claridad el interior del pabellón japonés, al través de los grandes y límpidos cristales. Rosalía, que estaba al cuidado del cocido, trató de curiosa á la señorita. Pero la niña había visto el vestido de su madre, y la señalaba, aplastando el rostro contra el cristal, para verla mejor. Entre tanto, Paulina levantaba la cabeza y hacía señas. Salió Elena y la llamó con la mano.

—La han visto á usted, señorita,—repetía la cocinera.—Le dicen que baje.

Fué preciso que M. Rambaud abriera la ventana. Le rogaban que bajase á Juana, pues todo el mundo la quería allí. Juana había huído á la alcoba, acusando á su buen amigo de haber golpeado adrede los cristales. Le gustaba mirar á su madre, pero no quería ir más á aquella casa. Y á todas las suplicantes preguntas que le dirigía monsieur Rambaud, respondía con su terrible «porque sí», que lo explicaba todo.

—Y no debieras ser tú el que me obligara,—dijo por fin con aspecto sombrío.

Pero el buen señor le repetía que daría mucha pena á su madre, que no se podía hacer desaires á nadie. El la tataría bien, y la niña no tendría frío; y al hablar, le ataba el chal alrededor de la cintura, y la quitaba el pañolillo que en la cabeza llevaba para ponerle una gorrilla pequeña. Cuando estuvo

Juana arreglada, protestó una vez más. Por fin, se dejó llevar, con la condición de que M. Rambaud la volvería á subir en seguida, si se sentía demasiado mala. La portera les abrió la puerta de comunicación, y en el jardín les acogieron con alegres exclamaciones. Sobre todo, madame Deberle demostró vivísimo cariño á Juana; la acomodó en un sillón, cerca de la boca del calorífero; quiso que cerraran en seguida los cristales, haciendo observar que el aire era demasiado vivo para la pobrecita niña. Malignon se había marchado. Y mientras Elena componía los despeinados cabellos de su hija, algo avergonzada por verla de aquel modo delante de gente, envuelta en un chal y cubierta con una gorrilla, Julieta exclamó:

—¡Quite usted allá! ¿Acaso no estamos todos en familia?... ¡Pobrecita Juana! Nos hacía mucha falta.

Tocó la campanilla, y preguntó si la señorita Smithson y Luciano habían vuelto de su cotidiano paseo. No habían vuelto todavía. Por otra parte, Luciano se estaba poniendo imposible; el día anterior había hecho llorar á las cinco señoritas de Levasseur.

—¿Quieren ustedes que juguemos á la gallina ciega?—preguntó Paulina, á quien la idea de su próximo matrimonio tenía enloquecida.—No es cansado.

Pero Juana negó con la cabeza. Largamente, entre las bajadas pestañas, paseaba su mirada por las personas que la rodeaban. El doctor acababa de decir á M. Rambaud que su protegida había

sido por fin admitida en los Incurables, y el buen señor, muy conmovido, le estrechaba las manos, como si hubiera recibido personalmente un gran beneficio. Todos se arrellanaron en sendos sillones, y la conversación adquirió una intimidad encantadora. Apagábanse las voces, y á cada momento reinaban silencios. Cuando madame Deberle y su hermana se pusieron á hablar entre ellas, Elena dijo á los dos hombres:

—El doctor Bodin nos ha aconsejado un viaje á Italia.

—¡Ah! Por eso me ha preguntado Juana,—exclamó M. Rambaud.—¿Te gustaría ir allí?

La niña, sin responder, se llevó las dos manitas al pecho, en tanto que su rostro gris se iluminaba. Su mirada se había dirigido al doctor, con cierto temor porque había comprendido que su madre le consultaba. Enrique había sentido un leve estremecimiento, pero se había repuesto y se mostraba muy frío. Bruscamente, se mezcló Julieta en la conversación, deseando, como de costumbre, meterse en todos los asuntos.

—¿De qué? ¿Hablan ustedes de Italia? ¿No decían ustedes que se iban á Italia? ¡Ah! bien! Es chocante la coincidencia. Justamente esta mañana, daba yo matraca á Enrique para que me llevara á Nápoles. Imagínese usted que, desde hace diez años, estoy soñando con ver Nápoles. Cada primavera me lo promete, pero después no me cumple su palabra.

—No te he dicho que no quisiera,—murmuró el doctor.

—¿Cómo que no me lo has dicho?... Me lo has

negado en redondo, pretextando que no podías dejar á tus enfermos.

Juana escuchaba. Una gruesa arruga cortaba en dos su frente pura, en tanto que maquinalmente se retorció los dedos, uno tras otro.

—¡Oh! Mis enfermos...—repuso el médico.—Por algunas semanas bien podía confiárselos á un colega... Si creyese que tanto empeño tenías...

—Doctor,—interrumpió Elena,—¿usted es también de parecer de que un viaje semejante convendría á Juana?

—Ya lo creo; sería excelente, y la fortalecería mucho... A los niños les sienta siempre bien un viaje.

—Entonces,—exclamó Julieta,—nos llevaremos á Luciano, y nos vamos todos juntos. ¿Quieres?

—Sin duda, yo quiero todo lo que quieras tú,—respondió el doctor con una sonrisa.

Juana, bajando la cabeza, enjugó dos gruesas lágrimas de cólera y de dolor que le quemaban los ojos. Y se hundió más en el sillón, como para no ver ni oír más, en tanto que madame Deberle, entusiasmada por aquella inesperada distracción que se le ofrecía, prorrumpía en bulliciosas frases. ¡Oh, qué bueno era su marido! Le besó con toda su alma. En seguida habló de los preparativos. Partirían en la semana siguiente. ¡Dios santo! No le quedaría tiempo de prepararlo todo. Después, quiso trazar un itinerario; había que pasar por tal parte; estarían ocho días en Roma, se detendrían en un pueblecito encantador del que le había hablado madame de Guiraud; y acabó por pelearse con Paulina, que pe-

día que retrasasen el viaje, para formar parte de él con su marido.

—¡Ah! no, de ningún modo,—decía Julieta.— Os casaréis á nuestro regreso.

Olvidábanse de Juana. Esta examinaba fijamente á su madre y al doctor. Elena, ciertamente, aceptaba ya aquel viaje, que debía aproximarla á Enrique. Era una gran alegría; irse los dos juntos al país del sol, vivir días enteros uno al lado del otro, aprovechando las horas libres. Una sonrisa de consuelo subía á sus labios; ¡había tenido tanto miedo de perderle, y se sentía tan feliz por poder partir con todos sus amores! Y en tanto que Julieta hablaba de los países que atravesarían, los dos creían ya pasear bajo una primavera ideal, diciéndose con la mirada que se amarían en tal parte, y en tal otra, y en todos los lugares por donde pasarán juntos.

Entre tanto, M. Rambaud, que había sentido una tristeza que poco á poco le había dejado silencioso, se percató del malestar de Juana.

—¿No estás bien, ángel mío?—le preguntó á media voz.

—Oh, no... Me siento muy mala... Llévame arriba, te lo ruego.

—Hay que avisar á tu madre.

—No, no, mamá está ocupada, y no tiene tiempo... Llévame arriba, llévame.

M. Rambaud la tomó en brazos, y dijo á Elena que la niña se sentía algo fatigada. Entonces la joven le rogó que la esperase arriba, que les seguía. La niña, aunque muy ligera, se le escurría de los

brazos de M. Rambaud, y éste tuvo que detenerse en el segundo piso. Juana había apoyado la cabeza en su hombro, y los dos se miraban con muchísima pena. Ni un rumor turbaba el silencio helado de la escalera. El buen señor preguntó á media voz:

—Estás contenta de ir á Italia, ¿verdad?

Pero la niña prorrumpió en sollozos, balbuceando que no quería, y que prefería morir en su alcoba. ¡Oh! No iría, se pondría mala, lo veía bien claro. A ninguna parte, no iría á ninguna parte. Podían dar á los pobres sus zapatitos. Después, en medio del llanto, le preguntó en voz muy baja:

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste una noche?

—¿Qué, nenita mía?

—Cuando me pediste quedarte siempre con mamá, siempre, siempre... Pues bueno, si tú quieres aún, yo quiero también.

Las lágrimas se agolparon á los ojos de M. Rambaud. Besó tiernamente á Juana, en tanto que ésta añadía bajando más aún la voz:

—Quizás te incomodaría porque yo me enfadé contigo... Yo no sabía; ¿sabes?... Pero yo te quiero á tí. ¡Oh! En seguida, ¿verdad? En seguida... Yo te prefiero al otro...

Abajo, en el pabellón, Elena se había distraído de nuevo. Seguían hablando del viaje. La joven sentía una necesidad imperiosa de abrir su henchido corazón, de comunicar á Enrique toda la dicha que la ahogaba. Entonces, en tanto que Julieta y Paulina discutían el número de trajes que habían de

llevarse, la joven se inclinó hacia él, y le dió la cita que le había negado una hora antes.

—Venga esta noche; le esperaré.

Y cuando subía al fin, encontró á Rosalía, trastornadísima, que bajaba la escalera corriendo. En cuanto vió á su ama, gritó la criada:

—¡Señora, señora! ¡Corra usted!... La señorita no está buena... Vomita sangre.

III

Al levantarse de la mesa, el doctor habló á su esposa de una dama que estaba de parto, y junto á la cual se vería sin duda obligado á pasar la noche. Partió á las nueve, bajó por la orilla del agua, se paseó á lo largo de los desiertos muelles, en la negra noche; soplabá un vientecillo húmedo, y el crecido Sena deslizaba sus olas de tinta. Cuando dieron las once, volvió á subir Enrique las cuestas del Trocadero, y fué á vagar alrededor de la casa cuya gran masa cuadrada parecía una espesura de las tinieblas. Pero los cristales del comedor relucían aún. Dió la vuelta, y vió que la ventana de la cocina arrojaba también viva claridad. Entonces esperó, asombrado, inquieto poco á poco. Pasaban sombras por detrás de las cortinas, y una especie de agitación parecía llenar todo el piso. ¿Quizá monsieur Rambaud se habría quedado á comer? Sin embargo, nunca el digno caballero permanecía allí hasta más tarde de las diez. Y Enrique no se atrevía á subir, porque, ¿qué diría si fuese Rosalía la que le abriera? Por fin, á eso de las doce, loco de impa-